

■ INAUGURACIÓN DEL CURSO ACADÉMICO DE LA UR

• Viene de la página anterior

políticas regionales de I+D, así como en la ejecución de los programas asignados a la Agencia de Desarrollo Regional". Una "asignatura pendiente" que confió en que se supere a partir de ahora.

Proyectos para 1998-99

El repaso de los logros correspondientes al curso anterior corrió a cargo de la secretaria general de la Universidad, Leonor González Menorca. Los proyectos previstos para el ejercicio que hoy se inicia los apuntó Urbano Espinosa durante su discurso.

A lo largo del curso 1998-99 concluirán obras "de vital necesidad para la Universidad" —según palabras del rector—, como el pabellón deportivo y el Complejo Agroquímico, y se proyectará el módulo destinado a albergar las especialidades de Matemáticas y Ciencias de la Computación. En breve concluirá la rehabilitación integral del antiguo edificio de Empresariales (donde se ubicará Filología) y del 'viejo' Edificio Vives.

Respecto a la necesidad de definir el campus, Espinosa destacó que "una primera e importante acción se acometerá en 1999, gracias al Ayuntamiento de Logroño, posibilitando los viales de acceso al sector norte del campus y permitiendo la comunicación directa con su mitad sur, al tiempo que la Universidad urbanizará los entornos del complejo Agroquímico y del Polideportivo".

Crítica a la Selectividad

Pero los proyectos de futuro no sólo se refieren a nuevas obras y urbanizaciones. En el ámbito académico se pondrán en marcha dos nuevos programas de doctorado: uno en Ingeniería Industrial y otro en Economía y Dirección de Empresas, y se preparará el terreno para —en el curso 1999-2000— incorporar la Licenciatura en Historia y Ciencias de la Música. Además y por primera vez, la UR hará un ejercicio de evaluación de la calidad, abriendo así un camino "que bien pudiera ser seguido en el futuro por el resto de las administraciones y organismos públicos", comentó el rector.

Y mencionó la consolidación, en el curso que hoy empieza, de las primeras actividades de la Fundación General de la Universidad, que intensificará la vinculación de la Universidad con su entorno y, de modo especial, con el mundo empresarial.

Urbano Espinosa tampoco dejó pasar la oportunidad de criticar solapadamente la actual Selectividad. "Las universidades no nos sentimos cómodas, y de hecho sufrimos las consecuencias tanto como los estudiantes y las familias, del actual mecanismo de acceso a la universidad. (...) y por eso demandamos un marco adecuado para avanzar en fórmulas de formación continua".



El Aula Magna no se llenó durante el acto inaugural del curso 1998-99 de la UR.

T. BLANCO

Gaudeamus (parte VI)

El "todo La Rioja" se reunió en el Aula Magna de la UR

Con diez minutos de retraso, y algo menos de público de lo acostumbrado, comenzó la ceremonia de más brillo del año universitario. Aunque a los alumnos les dé más bien igual —brillaban por su ausencia— el pistoletazo de salida del sexto curso de la UR se dio con moderado esplendor y la presencia de todas las fuerzas vivas de La Rioja.

P. ÁLVAREZ • LOGROÑO

NO faltaba (casi) nadie. Desde que nació la Universidad de La Rioja —y como quien no quiere la cosa, ya han pasado seis años— todos los cursos se repite el mismo ritual. Para un profano, tiene algo de función teatral, un poco de fulgor académico y un mucho de autoafirmación de una institución que va buscando afianzarse año tras año.

A esta universidad le falta un Aula Magna como Dios manda. No es que la sala del edificio Quintiliano esté mal, pero ver desfilar a los doctores por sus paredes enladrilladas deja un cierto regusto de anacronismo. Se echan en falta paredes enmaderadas, rancios

oleos, pesados cortinajes.

Por lo demás, el acto guarda las formas como si se tratase de una institución centenaria. Cuando ya están sentados todos los invitados, suenan compases clásicos y hacen aparición los doctores. En esto hay una clasificación por colores en togas y birretes, quizá para que todo el mundo sepa de qué hablar con cada uno, sin entrar a abordar temas filológicos con un doctorado en matemáticas, pongamos por caso. Así, la tradición marca el rojo pasión para Derecho, el azul celeste para las Filologías y Humanidades, el marrón para los ingenieros, naranja y amarillo para las diferentes ramas de Empresariales. El azul oscuro es una especie de cajón de sastre de Matemáticas, Química, Agricultu-

ra y Alimentación y Enología. Y ayer hubo una novedad: un verde extraño para el primer doctor en Actividades Físicas y Deporte con el que cuenta la UR. Todos con su toga y su birrete con flecos. Uno no sabe cómo debe ser la sensación de llevar un gorro de tal aparejo, pero, a juzgar por la prisa que se daban todos en quitárselo apenas alcanzado el asiento, no debe ser muy cómodo.

En el resto de los asistentes mandaba el terno oscuro, con alguna concesión a la alegría en las corbatas, como la verde manzana que lucía el alcalde de Logroño, que aguantó el tipo pese a la indudable 'resaca' festera. Eso, los que llevaban corbata. Alguna vez debería ser explicada la aversión de las izquierdas políticas a esta

prenda, hasta en los actos de más rígida pompa. Para la presencia femenina, el traje chaqueta parece ser la norma aceptada.

Lección ingenieril

Como también manda la tradición, un acto de este tipo debe empezar con una lección inaugural. Este honor rota cada año entre los distintos departamentos académicos, y este sexto curso la cosa recayó en ingenierías. Fue el doctor Joaquín Ordieres, catedrático de Proyectos de Ingeniería, quien intentó ilustrar a los presentes con algo de su indudable saber.

Para demostrar que los nuevos tiempos tienen que llegar hasta a los más rancios actos, el profesor Ordieres animó su conferencia con un despliegue multimedia, que a veces tenía la virtud de distraer de sus palabras más que de ilustrarlas. De todos modos, el catedrático tuvo tiempo más que suficiente para aleccionar a los presentes sobre el pasado y el futuro de la profesión ingenieril, sobre alguno de sus éxitos y también algunos de sus fracasos, desde el incendio del dirigible Hindenburg hasta el hundimiento del puente de Tacoma. Y ante los ojos de los presentes aparecía, efectivamente, el dirigible alemán ardiendo sobre el cielo americano o el puente fluctuando como si de una ola playera se tratara antes de derribarse.

Las fuerzas vivas aguantaron el tipo. Desde representantes políticos —varios consejeros, alcaldes y políticos de todo signo— hasta representantes sindicales, militares —quizá el año pasado se vieron más uniformes— e incluso del clero.

La Universidad de La Rioja dio ayer también con la receta para acabar con la masificación aular que se puede observar en otras latitudes. Si en otros lares hay cien alumnos por profesor, ayer había cien profesores por alumno: si había alguno, este cronista no lo vio. Al menos, dentro del edificio. Porque las autoridades académicas habían tenido el buen gusto de colocar las calificaciones de la Selectividad de septiembre en la puerta exterior del Quintiliano, que ayer permanecía cerrado. Así los alumnos se evitaron algún que otro ataque de nervios, aunque quien tuviera que hacer alguna gestión se quedó con las ganas.

Gaudeamus asistido

Y tras los discursos de rigor y la solemne inauguración, llegó la tradición más odiada y temida. Es un misterio aún más profundo que el de las corbatas y la izquierda: ¿por qué hay que terminar los actos académicos cantando una canción que nadie canta? Unos no se la saben, otros son tímidos. Pero el asunto es que se anuncia el "Gaudeamus igitur", todos se ponen de pie y, con la impresión, la voz no les llega al cuello y el canto naufraga.

Eso ocurre en la mayoría de las ocasiones, pero esta vez no: las previsoras cabezas pensantes académicas contaron con la inestimable ayuda de un grupo de alumnos de Magisterio musical que hicieron acto de presencia al final para echar una manita. Acompañado por un teclado de lo más electrónico y algo de percusión, el coro resultó más efectivo.